

EDITORIAL

¿QUO VADIS, FAMILIA?



En el presente número de *Amor y Vida* aparece una entrevista que monseñor Carlos Manuel de Céspedes García Menocal le concedió a nuestro reportero Raúl León Pérez. La traemos a colación porque en ella, al contestar la pregunta relacionada con el amor a la patria, monseñor concluye de esta manera:

“Yo me doy cuenta de que, aunque el colegio influyó de forma positiva, la mayor vinculación con la patria me vino por mi familia”.

La moraleja resulta evidente. La familia siempre ha sido, es y será un elemento insustituible a la hora de formar valores de diversa índole. Sin embargo, verdad de Perogrullo, desde hace tiempo nuestro tejido familiar sufre una crisis que lo está diluyendo; y como enseña el magisterio de la Iglesia, que es maestra de vida, “si la familia se disgrega, cae el más importante baluarte de nuestra civilización”.

La única alternativa, pues, es insistir en ese tema porque los embates persisten. Como si fuera un fenómeno cíclico, cada cierto tiempo aparecen en el cielo cubano nubarrones de emigración con sus fatales consecuencias para nuestro entramado social.

Por un lado, perdemos definitivamente capital humano, recurso *sine qua non* para generar riquezas. Por otro lado, se repite la disgregación de las relaciones familiares, situación realmente grave porque, como también advierte el magisterio de la Iglesia, “la crisis de la familia se convierte en crisis de la sociedad”.

Hace 11 años, con motivo de su histórica visita a Cuba, Juan Pablo II pronunció, en la ciudad de Santa Clara, una homilía dedicada precisamente al “gran don de la familia”. Entonces el Santo Padre proclamó una profunda sentencia que, entre paréntesis, ha devenido lema de nuestra publicación: *¡Cuba: cuida a tus familias para que conserves sano tu corazón!*

Esas aleccionadoras palabras del Sucesor de Pedro nos invitan desde entonces a la reflexión, pero igualmente indican el camino para traducirlas en hechos, el cual se encuentra en “Jesucristo, su doctrina y su ejemplo de amor total que nos salva. Ninguna ideología puede sustituir su infinita sabiduría y poder”.

Por eso -precisaba Juan Pablo II aquel espléndido 22 de enero de 1998-, “es necesario recuperar los valores religiosos en el ámbito familiar y social, fomentando la práctica de las virtudes que conformaron los orígenes de la nación cubana, en el proceso de construir su futuro *con todos y para el bien de todos*, como pedía José Martí”.

Y anunciaba:

“No tengan miedo; abran las familias y las escuelas a los valores del Evangelio de Jesucristo, que nunca son un peligro para ningún proyecto social”.

Que así sea.